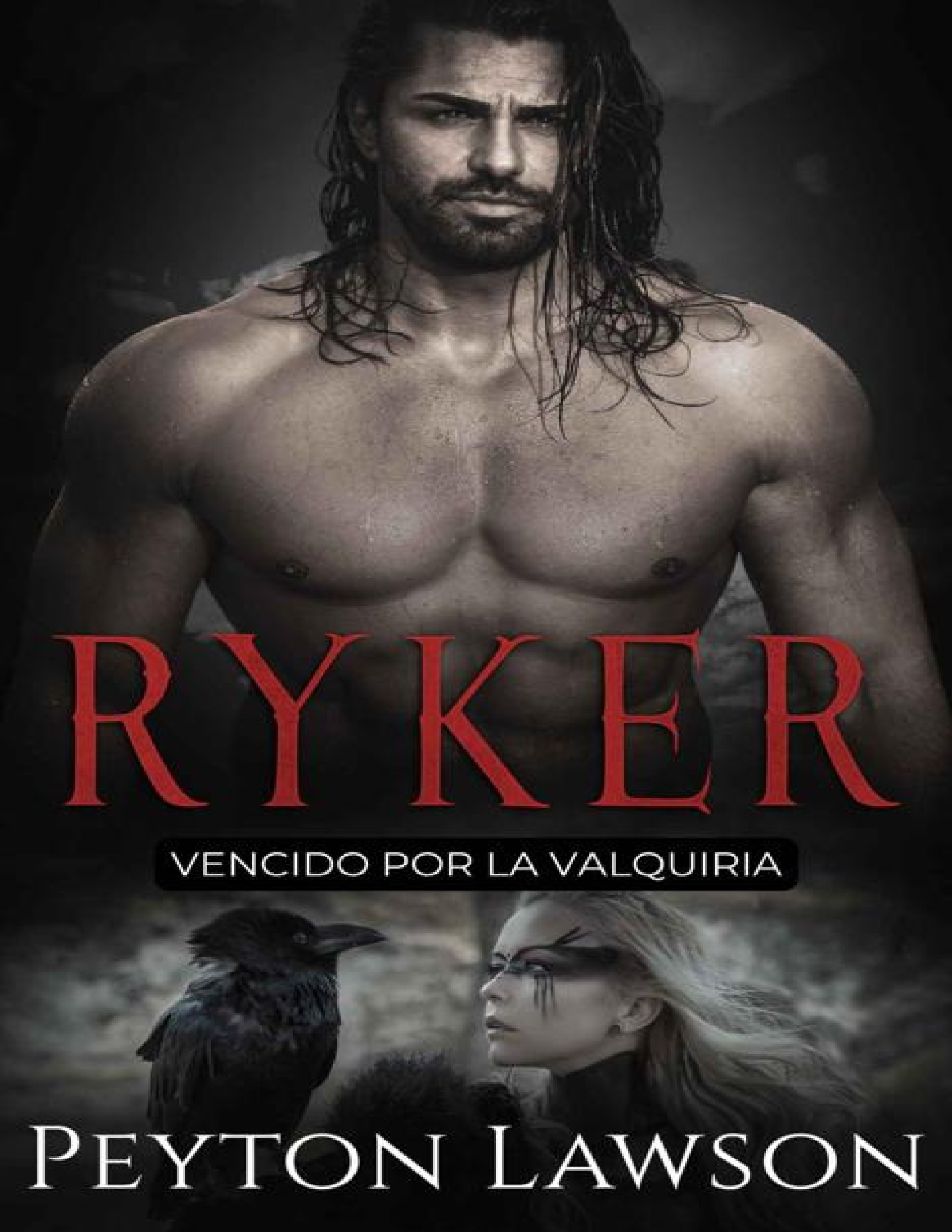




RYKER

VENCIDO POR LA VALQUIRIA

PEYTON LAWSON

RYKER

VENCIDO POR LA VALQUIRIA

PEYTON LAWSON



BEACHES AND TRAILS
PUBLISHING

Derechos de autor

Derechos de autor © 2021 por Peyton Lawson

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, escaneo o de cualquier otro modo sin el permiso por escrito del editor. Es ilegal copiar este libro, publicarlo en un sitio web o distribuirlo por cualquier otro medio sin permiso.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes retratados en ella son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Portada por HNJ Studio

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

[Otras Obras de Peyton Lawson](#)

PRÓLOGO

RYKER Y DITTMER ESPERABAN SENTADOS, perturbados por los acontecimientos desde que Abjörn y Erik habían partido hacia Dinamarca. Los dos hermanos estaban frustrados. Amaban la batalla, especialmente cuando defendían algo que ambos tenían tan cerca de sus corazones. Su familia, su país y, por supuesto, buscar venganza por su padre.

Sören había enviado patrullas, protegiéndose contra cualquier ataque que pensaba que podría resultar de la fuga del Jarl. Hasta ahora, las patrullas no habían reportado nada digno de mención. Según el punto de vista de Ryker, Sören había demostrado no ser nada divertido. Cuando Abjörn y Erik anunciaron que viajarían de vuelta a Dinamarca y dejarían a Sören a cargo, Dittmer y Ryker se habían alegrado interiormente. La cabeza caliente de Sören resultaría en historias de gloria para el regreso de sus hermanos. Hasta ahora, lo más cercano que tenían para informar era la noticia de que Sören y Firtha estaban esperando un hijo. Aunque estaban felices por su hermano y su esposa, sentían que Sören se había ablandado y vuelto demasiado cauteloso ahora que estaba a cargo.

Ryker pulía la hoja de su hacha mientras Dittmer pasaba una piedra por el filo de su espada. Hacía tiempo que sus armas no probaban sangre, y querían que estuvieran listas para el próximo ataque. Sören se acercó, luciendo demasiado relajado para el gusto de los hermanos. Esto irritaba a ambos, aunque ninguno lo mencionaba al otro.

—¿Noticias de las patrullas? No he recibido un informe tuyo en días —dijo Sören, ignorando las dagas que sus hermanos menores le lanzaban con la mirada.

—No hay nada que informar, al igual que no lo hubo hace tres días, o tres días antes de eso —dijo Ryker, admirando su trabajo con el hacha.

—Si nos permites buscar al Jarl o incluso enfrentar a Lord Beecham, tal vez tendríamos algo que informar —dijo Dittmer, sin levantar la vista de su hoja. Ryker sabía bien cuánto estaba tratando Dittmer de controlar su temperamento. Su expresión sombría le decía a Ryker que su hermano menor estaba muy molesto con Sören.

—Ya hemos hablado de esto, Dittmer. Lo mejor es tener paciencia. ¿Qué sentido tiene iniciar una guerra cuando nuestros números están mermados? Lo mejor que podemos hacer es esperar el regreso de Abjörn y Erik —dijo Sören. Pero su voz lo traicionaba. No creía ni una palabra de lo que decía. Solo estaba preocupado por dejar a Firtha sola y lo que podría pasarle a ella y al bebé si él cayera en batalla.

Dittmer se puso de pie de un salto y se acercó pisando fuerte a su hermano, parándose tan cerca que casi se tocaban las narices. Ryker podía sentir la ira emanando de Dittmer como el calor en un día de verano.

—Si nos sentamos y no hacemos nada, le estamos dando a Beecham y al Jarl más tiempo para construir sus fuerzas. Pensarán que somos débiles y que tenemos miedo. ¿Tienes miedo,

hermano? —gruñó Dittmer, desafiando a Sören.

Ryker se puso de pie, preparándose para la carnicería si sus hermanos decidían pelear.

—No le temo a nada —gruñó Sören entre dientes. Las cosas se dirigían a un territorio peligroso.

—Sin embargo, nos tienes sentados aquí como corderos esperando el matadero —escupió Dittmer. No se dejaría intimidar por su hermano mayor, demasiado terco para dar marcha atrás.

—Por esto me dejaron a cargo. Dejarías que tu temperamento nublara tu juicio. Tu cabeza caliente nos metería en más problemas. Así que nos sentamos y esperamos. ¡Es una orden! —ladró Sören mientras se daba la vuelta para irse.

Dittmer murmuró un insulto por lo bajo, demasiado suave para que Ryker lo escuchara correctamente, pero Sören estaba más cerca que Ryker. Cualquier insulto o calumnia que se hubiera dicho resultó ser la chispa necesaria para que los hermanos se encendieran. Sören instantáneamente se dio la vuelta y corrió hacia su hermano, agarrándolo por el cuello.

—¿Qué has dicho? —gritó Sören.

Dittmer sonrió con suficiencia, empujando a su hermano hacia atrás, liberándose rápidamente de su agarre. —Dije que tal vez deberíamos revisar entre tus piernas porque, claramente, tu esposa tiene más pelotas que tú —respondió Dittmer.

Ryker dio medio paso adelante, preguntándose si necesitaba interceder. Los ojos de Sören ardían de furia. Necesitaba separar a sus hermanos antes de que las cosas se salieran de control. Saltando frente a los dos, se agachó justo esquivando el puño de Sören que volaba por el aire.

—Basta, hermanos, tenemos cosas más importantes en las que enfocar nuestra energía en lugar de pelear entre nosotros —insistió Ryker, haciendo lo mejor para desactivar la situación. Sören resopló y se alejó furioso. Dittmer se quedó de pie con una mirada de orgullo en su rostro, sintiendo que había ganado esa ronda.

—Sören tiene la necesidad de ser cauteloso. Firtha está embarazada. Además, Abjörn no lo habría dejado a cargo si no confiara en su juicio —dijo Ryker, tratando de hacer que su hermano entrara en razón. Dittmer gruñó de frustración, sin querer admitir que Ryker tenía razón. Al final, él también se alejó furioso, solo que en la dirección opuesta.

Ryker observó a sus hermanos partir en direcciones opuestas, cada uno ardiendo de frustración e ira. Sören estaría bien. Era el hermano menor quien le preocupaba. Ryker pensó que Dittmer necesitaba relajarse. Había estado tan tenso como un arco durante mucho tiempo. *Necesita reír, divertirse y liberar algo de tensión*, pensó Ryker.

Justo entonces, una idea surgió en su cabeza. Con una sonrisa, Ryker se dio la vuelta y abandonó su puesto.

CAPÍTULO

UNO

ASTRID SE SECÓ LA FRENTE. Estaba cansada de todas sus tareas. Era pleno verano y el sol abrasaba. Por suerte, no se había alejado mucho de la cabaña de las espadachinas, justo a las afueras del asentamiento. Después de recoger y cortar leña, se aventuró más allá de los árboles para buscar bayas frescas y otras delicias comestibles.

Nunca había atravesado el bosque por este camino y se alegró cuando se topó con un arroyo. El sudor la empapaba y el agua parecía refrescante e invitadora mientras bajaba por la colina. Su cantimplora se había vaciado antes y estaba sedienta. Se arrodilló para beber un poco de agua con las manos. El agua estaba tan deliciosamente fresca como parecía, lo que le dio una idea.

He terminado todas mis tareas del día. Un chapuzón rápido no haría daño, pensó. Era una idea traviesa, pero el agua era demasiado tentadora para dejarla pasar. Colocó su cubo de bayas cerca de un arbusto y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la observaba. Entonces, feliz de comprobar que no había moros en la costa, se desató el vestido exterior y lo colgó sobre un arbusto. Era mejor dejar puesta la camisa de algodón. Después de todo, alguien podría pasar por allí.

Al meterse en el agua, suspiró de placer cuando esta refrescó y alivió su piel ardiente. Hundándose más, nadó de un lado al otro del arroyo y de vuelta, disfrutando del agua que acariciaba su piel. Echó la cabeza hacia atrás, permitiendo que el agua fresca empapara su cabello, y se estremeció cuando el agua se abrió paso a través de su pelo, hasta el cuero cabelludo, haciéndole cosquillas lo suficiente como para provocarle escalofríos. Completamente refrescada, se dirigió de vuelta hacia sus pertenencias. Allí se acomodó en una roca justo debajo de la superficie del agua, apoyando los brazos en la suave hierba de la orilla, cerrando los ojos e inclinando la cabeza hacia atrás, dejando que el sol bañara su rostro.

Una sonrisa se extendió por su cara mientras estaba sentada, disfrutando del agua y los sonidos de la naturaleza. Los pájaros cantaban en los árboles y las hojas susurraban cuando la brisa veraniega pasaba entre las ramas. Todo estaba como debía estar.

El crujido de una rama bajo el pie de alguien hizo que Astrid volviera en sí. Sus ojos se abrieron de golpe y se quedó inmóvil. No estaba sola. Escuchando con atención, rastreó la ubicación del ruido. Venía de la dirección de sus cosas, justo por encima de su hombro derecho. Se incorporó y miró a tiempo para ver a un alto guerrero vikingo vestido listo para la batalla, de pie junto al arbusto, con su vestido en las manos.

El vikingo se quedó mirando a Astrid, atónito. A juzgar por su cara roja, parecía avergonzado de que lo hubieran pillado robando su vestido. Astrid permaneció sentada sin miedo, siendo ella misma una espadachina. No dudaba que podría tumbarlo de espaldas.

—No creo que sea de tu talla —sonrió con suficiencia mientras volvía lentamente a la orilla, con el agua escurriéndose por su cuerpo. Era muy consciente de cómo su camisa se había vuelto

transparente y planeaba usar eso a su favor. En la experiencia de Astrid, la mayoría de los hombres no sabían cómo manejar a una mujer fuerte. Estaba segura de que este no sería diferente.

Sus ojos recorrieron su cuerpo mientras ella daba un paso lento hacia él.

—He oído hablar de hombres como tú, los que prefieren la compañía de otros hombres y les gusta usar vestidos —dijo, mirándolo de arriba abajo—. Tengo que decir que nunca te habría tomado por alguien inclinado de esa manera —se burló, manteniendo un ojo atento en el hacha de su cadera y la hoja metida en su bota. Astrid no pudo evitar notar lo impresionante que era, alto y musculoso, con una mandíbula fuerte y ojos oscuros en los que podría perderse fácilmente. Habría sido bastante atractivo si no estuviera ahí parado con la boca abierta, incapaz de hablar.

—¿También eres mudo? No tengo esperanzas para la gente por la que luchas si la mera visión de mí te ha dejado sin habla —dijo, finalmente acercándose lo suficiente para arrebatarse el vestido de las manos.

Su aroma llenó su nariz y no pudo evitar notar cómo sus pezones habían reaccionado ante él, erguidos en picos rígidos bajo el algodón mojado de su ropa.

Le gustaba cómo la miraba. No se sentía cohibida en lo más mínimo. Era una mujer fuerte y esbelta y casi igualaba su altura. Siempre había conocido los efectos de su belleza en el sexo opuesto. Era una de las razones por las que se había convertido en una doncella guerrera. Quería ser conocida por otras cosas además de su belleza.

Era hora de que este extraño aprendiera estas cosas sobre ella.

Le arrebató el vestido de las manos, poniendo los ojos en blanco ante la estupidez del vikingo. Era joven, pero obviamente podía pelear y defenderse bien por su tamaño y constitución. —Muchacho estúpido, podría haber sacado fácilmente esa hacha de tu costado y enterrártela en el cráneo en el tiempo que has estado boquiabierto mirándome. ¿Qué te pasa? —espetó, sosteniendo el vestido cerca de su pecho, cubriéndose de sus ojos curiosos.

El vikingo comenzó a tartamudear, incapaz de formar una frase completa. —Todo era una broma, yo... Dittmer... no —balbuceó, mirándola, sacudido hasta la médula.

—Habla. ¿Eres un hombre o un niño? Habla con claridad —exigió Astrid, ignorando su camisa empapada y metiéndose en su vestido mientras esperaba su respuesta.

—No uso vestidos. No sabía que pertenecía a alguien. Planeaba usarlo para meter a mi hermano en problemas. Era una broma, solo una broma —tartamudeó, todavía desconcertado por la belleza que estaba de pie frente a él con las manos en las caderas y el rostro pintado de molestia.

CAPÍTULO DOS

ASTRID MIRÓ al vikingo con suspicacia. Nunca había oído algo tan absurdo. ¿Cómo podía ser quitarle el vestido una broma para su hermano? *¿Quizás me está engañando? ¿Intentando hacerme quedar en ridículo?* Astrid frunció el ceño. No le gustaba que la gente intentara burlarse de ella o hacerla parecer tonta. Cuanto más lo pensaba, más se irritaba. Comenzó a rodear al joven vikingo, evaluándolo.

—¿Dittmer? ¿Ese es tu nombre? —preguntó, disfrutando de verlo retorcerse bajo su mirada.

Él dio un paso atrás alejándose de ella, y Astrid notó cómo se acercaba más al arroyo.

—No, Dittmer es mi hermano. Yo soy Ryker —respondió, dando otro paso atrás mientras ella lo fulminaba con la mirada. Su presencia parecía inquietarlo.

—¿Ryker? ¿Eres un hermano Jürgensen? —preguntó ella.

Él asintió vigorosamente, aún tartamudeando mientras luchaba por responderle.

—Vergonzoso, tu linaje es famoso por ser feroz e intrépido, y aquí estás indefenso ante la mera visión de una mujer —espetó. Ryker estaba ahora lo suficientemente cerca del arroyo para que Astrid pudiera cumplir su plan.

—¿Indefenso? Apenas estoy...

—¡Bu! —gritó ella mientras lo empujaba desde la orilla.

Sobresaltado, él la agarró para detener su caída. En su lugar, la arrastró con él. Los dos cayeron al arroyo, con Astrid terminando tendida sobre su pecho duro como una roca. Ella miró hacia abajo, a sus ojos marrones soñadores.

Él le sonrió con suficiencia. —Vaya, hola —dijo, riéndose para sí mismo ante la alarma e irritación en el rostro de ella. Astrid colocó las palmas de sus manos sobre su pecho para poder levantarse, sin darse cuenta de que estaba a horcajadas sobre él. No pudo evitar notar lo agradable que se sentía su pecho bajo sus manos.

¿Agradable? ¿Qué le pasaba?

—Idiota, ¿por qué hiciste eso? —espetó, golpeando su pecho pero sin hacer ningún intento por moverse. Le gustaba la sensación de tenerlo debajo, y tenía que admitir que la vista era agradable a la vista.

Ryker le salpicó un puñado de agua en la cara. El acto la tomó por sorpresa, y Astrid gritó conmovida. Ahora era su turno de mirarlo boquiabierto.

—Relájate, no puedes decir que no te estás divirtiendo. Además, me gusta bastante la vista de ti encima de mí —se rió Ryker, salpicándola de nuevo.

Astrid se irritó cada vez más por su comportamiento infantil y lo golpeó en el pecho una vez más, intentando ponerse de pie. Pero cuando se levantó, Ryker le pasó la pierna por debajo de las suyas, haciéndola caer de espaldas al agua. Astrid se zambulló con fuerza, perdiendo momentáneamente el aliento por la fuerza con la que su espalda golpeó el agua.

Antes de que Astrid pudiera hacer un movimiento para levantarse, Ryker nadó hacia ella, salpicándola de nuevo. Ella tosió cuando el agua entró en sus pulmones. Le devolvió el salpicon mientras recuperaba el aliento.

—Creo que me gustabas mucho más en tu enagua —dijo Ryker, su voz un gruñido profundo, mientras se mantenía a flote cerca de ella.

—Aléjate de mí, grandullón —dijo, y no pudo evitar soltar una pequeña risa mientras lo salpicaba de vuelta. Ryker se quitó la armadura y la túnica, arrojándolas con fuerza hacia la orilla, permitiendo que se secaran al calor del sol. Astrid se quedó admirando el muro de músculos que tenía delante.

—Es justo, ojo por ojo —dijo guiñando un ojo.

Astrid sintió que el calor florecía en sus mejillas. Gritó cuando Ryker nadó hacia ella, recogiénola en sus brazos. La sostuvo firmemente contra él, con su pecho empujado hacia arriba, casi rozando su barba corta y pulcra. Astrid se estabilizó colocando sus manos sobre su pecho. Le sonrió mientras dejaba que sus dedos trazaran el duro músculo allí por segunda vez.

Oh sí, le gustaba tocarlo.

—Admito que, para alguien que actúa como un niño, definitivamente tienes el físico de un hombre —dijo, con voz entrecortada mientras el calor entre ellos se intensificaba. Ryker sonrió y la arrojó hacia atrás, haciendo que volviera a caer al agua con un chapoteo. Cuando salió a la superficie, frotándose los ojos, Ryker estaba doblado de risa. —¡Deberías ver tu cara! —bramó.

Molesta pero disfrutando de la diversión, Astrid nadó hacia él, empujándolo bajo el agua y salpicándolo varias veces cuando salía a tomar aire. —¿Cómo te gusta eso? —se rió.

Continuaron retozando, actuando como niños, disfrutando del agua fresca bajo el caluroso sol de verano, y a pesar de su primer encuentro, disfrutando de la compañía del otro. Al menos lo estaban hasta que la realidad se desplomó a su alrededor.

Otro vikingo fuerte y alto irrumpió a través de los árboles. Este hombre tenía un parecido sorprendente con Ryker. Astrid supo al instante que debía ser su hermano menor Dittmer.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Está todo bien? Oí gritos... —comenzó, deteniéndose cuando notó a los dos envueltos en un abrazo—. Oh, ya veo —dijo con una sonrisa, retrocediendo lentamente—. Los dejaré solos, amantes —le guiñó un ojo a Ryker y se dio la vuelta para irse.

Astrid estaba horrorizada por la acusación. Golpeó a Ryker con fuerza en el hombro y se apartó de él, vadeando el agua hacia la orilla.

—No es lo que piensas. Él no es mi amante —protestó Astrid, arrastrando sus faldas detrás de ella mientras subía a la orilla. Miró hacia atrás, esperando que Ryker explicara, pero en su lugar, estalló en carcajadas una vez más. La mente de Astrid se inundó de molestia. Ella no era una broma y no le gustaba que la trataran como tal. Miró hacia Dittmer, que estaba conteniendo una risa también. Podía ver la risa en todo su rostro mientras intentaba forzar una sonrisa.

—Ustedes dos son unos niños, los dos. En lugar de estar lanzando acusaciones contra mí, robando vestidos y actuando como tontos, ¿por qué no hacen algo útil? —espetó, acercándose y agarrando su cubo de bayas—. Son Jürgensen. ¡Estén a la altura de su apellido familiar! Mientras ustedes retozan, los hombres del Jarl andan libres. ¡Háganse útiles y vayan tras ellos! —gritó y se marchó furiosa hacia su casa.

CAPÍTULO TRES

RYKER SE DESPERTÓ al día siguiente sintiéndose culpable. No había querido insultar ni molestar a la joven. Peor aún, cuanto más lo pensaba, más le atormentaban sus palabras. *Honra el nombre de tu familia*. Después de desayunar y vestirse, se dirigió al bosque pasando el asentamiento, en busca de su cabaña. La vio fuera recogiendo leña del montón antes de volver a entrar. Tomándose un momento para serenarse y pensar qué decir, se acercó a la puerta y llamó más fuerte de lo que pretendía. Ella abrió la puerta con impaciencia. Cuando sus ojos se posaron en él, frunció el ceño y sus facciones se endurecieron.

—¿Qué quieres? —exigió.

—He venido a disculparme por mi comportamiento de ayer —dijo él simplemente.

Ella lo miró sin impresionarse.

—No me interesa —dijo, haciendo ademán de cerrar la puerta, pero Ryker extendió una mano y la mantuvo abierta.

—Por favor, ¿puedo entrar? —preguntó lo más suavemente que pudo.

Ella se negó a moverse.

—Di a qué has venido y déjame en paz —respondió, cruzando los brazos, esperando que se marchara.

Ryker se quedó allí, sin saber qué hacer. Había esperado que ella simplemente se apartara. Pero ella permaneció mirándolo inexpresivamente. Él se frotó la cara nerviosamente.

—Lo siento, estaba intentando que mi hermano se relajara y pensé que una broma haría el truco. No pretendía involucrarte. Ciertamente no quería hacerte sentir tonta —dijo.

La doncella permaneció impassible. Por la expresión de su rostro, esperaba algo más. Se movió, cruzando y descruzando los brazos.

—No debí haberte arrastrado al río conmigo. Me dejé llevar por el momento. A veces puedo ser infantil. Ni siquiera tuve la oportunidad de preguntarte tu nombre —dijo, esperando que ella se lo dijera. No había podido sacarse de la cabeza la imagen de ella saliendo del río con la ropa tan mojada que había podido ver claramente cada centímetro de su cuerpo.

—¿Y? —preguntó ella, y como si le hubiera leído el pensamiento, él supo lo que quería oír.

—Siento haberte mirado fijamente cuando estabas... cuando tú... —volvió a tartamudear, sintiendo que su cara se ponía cada vez más roja.

¿Por qué me estoy sonrojando como una mujer? ¿Qué me pasa?

—Astrid, me llamo Astrid —respondió ella, poniendo los ojos en blanco y haciéndole un gesto para que entrara en la casa. Se apartó y abrió más la puerta. Ryker sonrió y le dio las gracias mientras se agachaba para entrar. Afortunadamente, el marco de la puerta era la parte más baja del edificio. Se alegró de poder erguirse de nuevo en el interior sin golpearse la cabeza con las vigas de madera que sostenían el techo.

La cabaña estaba en silencio, sin nadie más allí. Había una chimenea con una pequeña olla negra colgando lista para ser usada cerca de la pared del fondo. A un lado de la cabaña había una pequeña mesa con dos sillas, y su cama estaba en el otro lado. Lo que más llamó su atención fue el montón de armaduras y armas junto a su cama. Eso la hacía aún más intrigante.

—¿Eres una guerrera? —preguntó, acercándose y cogiendo su espada. Era una pieza impresionante, y el peso le sorprendió.

Astrid se acercó a grandes zancadas, arrebatándole la espada y arrojándola sobre su cama.

—Sí, vine aquí en el segundo barco para luchar con las otras mujeres guerreras. Pero desde que hice de este lugar mi hogar, no ha habido acción de la que hablar. Ahora paso la mayor parte del tiempo complementando los suministros del asentamiento. Me mantiene ocupada —respondió mientras salía por la puerta de atrás, junto a la chimenea—. Tengo trabajo que hacer.

Ryker la siguió a un pequeño jardín cercado y se sentó en un tocón muerto donde podía observarla mientras giraba la gran piedra superior de un molino, moliendo grano y haciendo harina.

—Me gustaría verte en batalla. Tu espada es bastante impresionante, y puedo ver que eres una mujer fuerte —dijo, bajándose la túnica para mostrar un moretón en la clavícula—. Un recuerdo de nuestro primer encuentro, lo apreciaré —bromeó, llevándose las manos al corazón y pestañeando, imitando a una doncella enamorada.

—Sigue por ese camino y te daré unos cuantos más —dijo ella, recogiendo la harina que había hecho y volviendo al interior. Colocó la harina sobre la mesa y se dirigió a un barril lleno de agua. Usando un pequeño cuenco, sacó un poco y bebió un sorbo.

Ryker se movió, de repente incómodo mientras observaba una gota deslizándose por sus labios y barbilla, cayendo suavemente sobre su pecho. Se movió rápidamente, esperando que ella no notara que estaba disfrutando de la vista mientras se limpiaba el agua del pecho.

—¿Qué hacías en tu tierra? —preguntó Ryker, sacando una silla y sentándose, ignorando el crujido de la madera que se quejaba bajo su peso.

—Trabajaba en la granja de mi padre. No era una mala vida. Pero a medida que crecía, me di cuenta de que no era mi fuerza o mi mente lo que llamaba la atención de los que me rodeaban; era mi aspecto. Decidí que eso no era suficiente. Soy tan fuerte y capaz como cualquier hombre. Así que me entrené como doncella guerrera, y después de tener algo de éxito en batalla, decidí que quería más. Cuando se prepararon los barcos para venir a este asentamiento, fui la primera en la fila para ofrecirme como voluntaria —dijo, ofreciéndole algo de agua.

Hacía tanto calor como el día anterior, así que Ryker aceptó la refrescante bebida con gusto. Pensó un momento mientras saciaba su sed. La honestidad exigía honestidad.

—Te diré algo ahora que no debe salir de esta habitación. He sentido envidia de mis hermanos, los que han encontrado mujeres. Firtha, Sima y Bryn son todas mujeres fuertes y feroces. Desafortunadamente, muchas de las mujeres que conozco no tienen amor por la batalla. Así que me alegro de haber tenido la oportunidad de conocerte —habló desde el corazón, por una vez sin bromear.

Astrid, sorprendida por sus comentarios, ofreció un cambio de tema. Quería hablar de la batalla. Quería saber cuándo su espada volvería a probar sangre y cuándo ganaría honor.

—¿Por qué tú y tus hermanos no habéis hecho nada desde el incidente con el jarl? ¿Qué estáis esperando? —preguntó directamente, sentándose frente a él, decidida a obtener respuestas. Ryker se sorprendió por su franqueza y odiaba no tener una respuesta. Sin embargo, no dependía de él tomar medidas. Abjörn había dejado a Sören al mando, y así se lo dijo.

—Créeme, yo, al igual que tú, ansío actuar, pero no es mi decisión. Sören está al mando y

cree que deberíamos esperar. Piensa que la guerra es innecesaria hasta que mis hermanos regresen de Dinamarca —negó con la cabeza, curvando el labio con disgusto—. El jarl no ha atacado. Tampoco Lord Beecham —terminó encogiéndose de hombros, sin saber qué más podía decirle.

—Bueno, yo creo que el momento de atacar es ahora. Ningún hombre, mujer o niño en las aldeas vecinas ayudaría a Beecham después de todo lo que ha hecho —dijo. Se levantó para buscar un cubo de verduras que había recogido esa mañana. Dejó caer el cubo sobre la mesa y separó las ramas y las hojas. Luego, sacó una navaja de su bota y comenzó a cortar las verduras, echando los trozos recién cortados en un cuenco que cogió de un estante.

Ryker estaba confundido por sus palabras. ¿Acaso sabía algo que él desconocía? ¿Cómo había obtenido esa información? Su interés se despertó. Esta podría ser su oportunidad para hacer cambiar de opinión a Sören, y su pulso se aceleró de emoción.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, inclinándose más cerca.

Astrid lo miró confundida. —¿Qué?

—¿Cómo sabes que no les ayudarían? —insistió, olvidando por un momento el coqueteo.

—Me entero de cosas —dijo simplemente.

No satisfecho con su respuesta, Ryker presionó para obtener más información.

—He estado comerciando con la aldea escocesa al otro lado de la colina desde que me encargo del ganado. Necesitaba intercambiar los productos que me faltaban —comenzó a cortar una zanahoria con su cuchillo—. Beecham ha estado quitándole a su gente. Tienen menos comida y menos monedas. Especialmente últimamente. Están peor que nunca.

Astrid había estado tan concentrada en preparar las verduras para la cena de esa noche que no se había dado cuenta de que Ryker se había quedado en silencio. Finalmente alzó la mirada para ver a Ryker mirando al vacío, con una expresión en su rostro como si ella misma le hubiera abofeteado.

—¿Qué? —preguntó empezando a preocuparse. Ryker se puso de pie de un salto, tomando su mano tan repentinamente que tiró al suelo el cuenco de verduras—. Ven conmigo. Esta es información vital. Sería de gran ayuda si le contaras a Sören lo que sabes —insistió, arrastrándola fuera de la puerta, sin hacer caso alguno a sus protestas de fastidio.

CAPÍTULO CUATRO

DITTMER permanecía de pie con los brazos cruzados, sin creer la historia que Astrid y Ryker acababan de contar. Ya estaba harto de las bromas y juegos de su hermano. Estaban en guerra. No era momento para andar jugando.

—Vamos, hermano, esta es exactamente la información que necesitamos para que Sören cambie de opinión. ¿Acaso no anhelas la batalla? ¿Vengarnos por nuestro padre? —suplicó Ryker.

Desafortunadamente, las payasadas de Ryker habían llevado a su hermano a pensar que sus palabras no eran creíbles.

—¡Sé serio por una vez en tu vida, hermano! Sabes que eso es exactamente lo que quiero. Pero ¿cómo voy a creerte? Ayer los encontré a ustedes dos jugando en el arroyo. Hoy vienes con una historia loca sobre aldeanos. ¿Cómo es útil esta información? —preguntó Dittmer. Miró a Astrid con rabia. Dittmer claramente pensaba que todos sus hermanos se habían ablandado desde que conocieron a sus mujeres. Y esto era solo otro ejemplo perfecto de que tenía razón.

Sören miró a su esposa Firtha y sonrió. Conocía el efecto que las mujeres podían tener en la mente de un guerrero. Echando un vistazo a la pareja, notó cómo compartían una mirada que solo podía significar una cosa. Atracción.

—Dittmer tiene razón. ¿Qué prueba esto? Está tomando de los suyos en lugar de nosotros. No veo cómo esto es relevante —dijo Sören. Cruzó la habitación para buscar agua y, mientras estaba de espaldas, Astrid miró a Firtha, suplicando con los ojos por ayuda.

—Tal vez yo pueda averiguar algo. Sabes que esta gente solía acudir a mí por hechizos y pociones. Confiarán en mí y dirán la verdad —dijo, guiñándole un ojo a Astrid. Por supuesto, Firtha sabía que su marido no le permitiría hacer semejante viaje, no mientras estuviera tan cerca de dar a luz a su hijo. Astrid la miró con un nuevo respeto. Firtha era más astuta de lo que había supuesto inicialmente.

Predeciblemente, Sören reaccionó justo como su esposa pensaba que lo haría. Se volvió, enfrentándolos con furia en los ojos. —No, ni hablar. No te vas a involucrar en esto. Podrías dar a luz en cualquier momento. ¿Quieres hacer un viaje así por algo que podría no ser nada? No, no lo permitiré. Necesitas quedarte aquí y descansar —gritó Sören.

Era evidente para todos lo preocupado que estaba por el nacimiento de su hijo y lo nervioso que estaba por su inminente paternidad. Cada movimiento que hacía era extremadamente cauteloso. Incluso una sombra parecía ponerlo al borde. Astrid lo encontraba encantador, mientras que sus hermanos lo encontraban molesto, a juzgar por la expresión en sus rostros. Finalmente, después de un momento de caminar de un lado a otro y lanzar miradas enojadas a su esposa, que estaba sentada con diversión en su rostro, Sören se detuvo.

—Astrid, tú conoces a estos aldeanos. Ve tú. Tienes una relación con ellos. Te hablarán.

Averigua todo lo que puedas. Ryker te acompañará para protegerte —insistió Sören mientras abrazaba a su esposa, acariciando amorosamente su vientre redondeado.

—Astrid no necesita mucha protección; tiene un gancho derecho temible —murmuró Ryker con una sonrisa burlona en su rostro.

Astrid le dio una patada rápida en el tobillo. —Compórtate, tonto —murmuró. Aunque sus palabras eran ciertas, no era momento para bromas. Sören y Dittmer ya encontraban un problema con su información. Si veían a Ryker bromeando, probablemente cancelarían la misión.

Astrid estaba llena de orgullo y había esperado un momento para probarse a sí misma. Si se avecinaba una batalla, ella estaba totalmente a favor. Asintió aceptando la misión a Sören y murmuró un silencioso 'gracias' a Firtha, quien le dio un guiño de complicidad. Mientras se giraba para irse, notó que Dittmer la miraba con sospecha. Dittmer iba a ser más difícil de convencer de lo que pensaba.

CAPÍTULO

CINCO

RYKER Y ASTRID cruzaron la puerta del asentamiento a caballo, cabalgando hacia el oeste en dirección a las colinas.

—Me alegro de que podamos hacer esta misión juntos —dijo Ryker, sonriendo a Astrid. Ella se sonrojó y le devolvió la sonrisa. Se había dado cuenta de que se sentía instantáneamente atraída por Ryker. Encontraba encantadora su naturaleza infantil. Y le gustaba que sacara a relucir una parte más relajada, casi inocente de ella misma que ni siquiera sabía que existía. Había pasado tantos años siendo tan seria en su misión de convertirse en doncella guerrera que sentía que había olvidado cómo divertirse. Quizás se había molestado el día anterior cuando él la arrastró al arroyo. Sin embargo, tenía que admitir que, en los momentos antes de que Dittmer llegara e interrumpiera su diversión, lo estaba pasando bien.

—¡Esperad, voy con vosotros! —gritó Dittmer tras ellos. Miraron por encima del hombro y vieron que se acercaba a galope en su caballo. Astrid y Ryker intercambiaron una mirada de consternación. *Dittmer aquí para estropear nuestra diversión otra vez*, pensó Astrid.

—¿Por qué estás aquí, hermano? —preguntó Ryker, sin poder ocultar la molestia en su voz.

—Estoy aquí para manteneros en el buen camino —respondió simplemente, empujando su caballo entre los de ellos, obligándolos a separarse.

—Así que estás aquí para supervisar, ¿no? Corrígeme si me equivoco, hermano, pero ¿no eres tú el más joven de todos nosotros? —sonrió Ryker con sorna.

—Y aun así soy más maduro que tu estúpido trasero —replicó Dittmer.

No pudo evitarlo. Astrid dejó escapar una risita silenciosa.

Cabalaron durante una milla en silencio mientras Ryker fruncía el ceño, tratando de pensar en una forma de hacer que Dittmer los dejara solos. De repente, se le ocurrió una idea. Si pudiera dirigir la conversación, podría soltar una pequeña mentira piadosa que quizás engañaría a Dittmer lo suficiente como para darles a él y a Astrid algo de espacio.

—Entonces, Astrid, ¿cuál es el plan? Esta es tu misión; Dittmer y yo seguiremos tu liderazgo. ¿Verdad, hermano? —preguntó Ryker.

Dittmer le lanzó una mirada antes de asentir en señal de acuerdo.

—Cuando lleguemos, intentad no parecer intimidantes. El mejor lugar para empezar es la granja. Ellos son los que tienen el mayor rencor contra Beecham —respondió Astrid, mirando a lo lejos como si ya pudiera ver su destino.

—¿Y nos dirigimos a la aldea escocesa? —preguntó Ryker.

Astrid le lanzó una mirada de confusión. ¿Cómo podía no saber a dónde iban cuando lo habían hablado antes de partir? Ryker le lanzó una mirada, indicándole que le siguiera el juego. De alguna manera, incluso después de conocerlo por menos de un día, ella lo entendió.

—Sí, y después de eso, nos dirigimos a la aldea del este, junto al mar —dijo ella.

La pareja notó cómo Dittmer se movió, inquieto por la nueva información. —¿Por qué? ¿Qué hay en la aldea junto al mar? —preguntó Dittmer.

Astrid permitió que Ryker llevara la conversación a partir de ahí.

—¿No te lo dijimos? Supongo que debo haberlo olvidado en nuestra prisa por partir. Hay un rumor por el asentamiento sobre una poderosa bruja. Al parecer, puede controlar el mar. El Jarl la quería, creo, para controlar el rumbo de un barco de vuelta a casa. Me pregunto si es ahí donde fue cuando huyó —dijo Ryker con confianza.

Dittmer detuvo su caballo, pensando en el rumor. —¿Estás seguro? —preguntó, preparándose para partir.

—Oh, sí, aparentemente uno de los hombres del Jarl lo dejó escapar antes de perecer en la batalla —dijo Ryker.

Su tono era burlón, pero el amor de Dittmer por su país y su familia a menudo lo cegaba. Eso y su temperamento impulsivo. Sin decir una palabra más, hizo encabritar a su caballo y galopó hacia la aldea del este.

Una vez fuera del alcance del oído, Astrid estalló en carcajadas. —No puedo creer que se lo haya tragado. ¿Cómo sabías que tu plan funcionaría? —preguntó, guiando su caballo más cerca de Ryker, cerrando el espacio creado por Dittmer.

—Mi hermano es tan predecible. Deja que su temperamento y su ansia de pelea lo cieguen ante lo obvio —respondió Ryker, inclinándose hacia un lado y levantando a Astrid de su caballo, sentándola firmemente en su regazo.

—¿Qué estás haciendo? —rió Astrid, fingiendo protestar.

—Algo que he querido hacer desde el momento en que saliste de ese arroyo —respondió, bajando sus labios sobre los de ella. Se sintió eufórico cuando la sintió responder, permitiendo que su lengua explorara su boca mientras ella lo saboreaba a su vez. Ryker rodeó su cintura con un brazo para asegurarla mientras mantenía un agarre firme de las riendas. Lo último que necesitaba era que el caballo se desbocara y los tirara.

Permitió que su mano libre explorara su cuerpo, acariciando su pecho. Llenaba su mano perfectamente, como si hubiera sido moldeado solo para él. Astrid gimió ante su toque, su mano explorando el pecho y los fuertes hombros de Ryker. Ryker deslizó su mano dentro de su corpiño, acariciando su pezón. Este se despertó ante su toque, endureciéndose, suplicando por más. Astrid deslizó su mano hacia abajo, frotando el bulto que continuaba creciendo entre sus piernas. Le gustaba cómo se sentía y se preguntó cómo se sentiría dentro de ella. Ryker aspiró aire entre los dientes ante su toque. Levantando su falda, deslizó su mano por su muslo y se deleitó con la humedad que encontraron sus dedos. Él lo deseaba. Ella lo deseaba. Es hora de hacerlo realidad, pensó.

—Volvamos a tu cabaña y terminemos lo que empezamos. De todos modos, esto es una misión de tontos. Sören tenía razón. No resultará en nada digno de mención —dijo con despreocupación, sonriendo contra su cuello mientras trazaba besos hasta su clavícula. Astrid arqueó la espalda y estiró el cuello, dándole un camino despejado para jugar.

—Oh, sí, huyamos juntos e ignoremos nuestra responsabilidad —bromeó ella, sin tomar en serio su comentario.

—Exactamente —gruñó él, tirando de las riendas y redirigiendo los caballos de vuelta por donde habían venido.

Astrid se apartó, deteniendo su reguero de besos. Su piel gritaba por ser tocada, su cuerpo quería más, pero su mente sabía que era mejor no hacerlo. Lo miró fijamente, escudriñando su rostro con la esperanza de que empezara a reír y le dijera que no lo decía en serio. Pero cuanto

más la miraba con ojos llenos de lujuria, prácticamente salivando ante la idea de tenerla en su cama, se dio cuenta de que hablaba en serio. O tan en serio como Ryker podía ser.

—¿Hablas en serio? —preguntó con incredulidad. Aunque nunca había visto a Ryker actuar de otra manera que no fuera infantil, no sabía por qué esperaba más ahora.

Ryker detuvo los caballos y la miró confundido. Él creía que ella quería lo mismo que él: revolcarse y disfrutar de las partes más deliciosas del otro. Cuando Ryker no respondió, mirándola con esa expresión atontada de ignorancia y estupidez que tenía en el arroyo el día anterior, su temperamento se encendió. Apartó su mano de un manotazo y tiró del brazo con el que la sujetaba. Una vez libre de su abrazo, saltó del caballo, ignorando el dolor que le atravesó las espinillas y los tobillos al aterrizar.

—¿Adónde vas? —preguntó él, haciendo girar el caballo. Ella ya había montado el suyo.

—Vienes a mi casa y me arrastras lejos de mis tareas para llevar esta información a Sören. No pensaste que la misión fuera tonta o frívola entonces. ¿Acaso lo decías en serio? ¿O todo fue una artimaña para quedarte a solas conmigo? —preguntó, mirándolo fijamente a los ojos.

Su expresión permaneció inmutable. Ella tenía su respuesta.

—Si no tienes las pelotas para terminar esta misión, la haré sin ti —dijo, espoleando su caballo para que galopara. Cabalgó a toda velocidad hacia su destino.

Ryker se quedó sentado en su caballo, mirándola mientras se alejaba como un trueno, confundido por lo que acababa de ocurrir.

CAPÍTULO SEIS

LLEGANDO al pueblo todavía furiosa por los comentarios tontos de Ryker, Astrid desmontó su caballo y caminó lentamente pasando las puertas del pueblo. Mientras avanzaba hacia la granja, no pudo evitar la extraña sensación que la molestaba. Algo era diferente, no estaba del todo bien. Las mujeres, que normalmente la saludaban con una sonrisa, se apartaban a su paso. De hecho, corrían de vuelta a sus casas como si le tuvieran miedo.

¿*Qué está pasando?* se preguntó. Entonces se dio cuenta de lo que era diferente, lo que había alterado a sus antiguas amigas. No había rastro de hombres a la vista.

¿*Dónde están todos los hombres?* Seguramente no se necesita todo un pueblo para cazar un par de jabalíes. Caminó por la plaza del pueblo, calmando y acariciando el hocico de su caballo. Incluso la enorme bestia podía sentir la atmósfera y parecía inquieta.

—Tú. ¿Dónde está ese idiota hermano mío? —bramó Dittmer, acercándose furioso y saltando de su caballo para enfrentarla. Señaló a Astrid con un dedo acusador.

Ella gruñó, poniendo los ojos en blanco. —Exactamente donde lo dejé en el sendero. Probablemente todavía sentado en su caballo, con la boca abierta atrapando moscas. —Sus hombros se tensaron. Realmente no quería esta confrontación, especialmente aquí. Era consciente de la desaprobación de Dittmer hacia ella, y si era honesta, a ella tampoco le agradaba particularmente él. Pero él tenía que saber que este no era el momento ni el lugar.

—Ustedes dos están hechos el uno para el otro, nunca se toman nada en serio. Enviándome en una búsqueda inútil, ¿con qué fin? ¿Para que pudieran eludir sus responsabilidades? ¿No tienen honor? —le ladró, acercándose tanto que podía oler su aliento con cada palabra.

—No me hables de honor. Vine aquí sola para cumplir una misión para ti y tu idiota hermano infantil —le espetó, sin retroceder ni permitir que Dittmer la intimidara. Como si fuera una señal, la causa de los problemas y frustraciones de ambos entró trotando en la plaza.

—Hablando de idiotas, tu hermano está aquí —gruñó, volviéndose hacia su caballo, que se estaba poniendo cada vez más nervioso.

Ryker descendió de su caballo, mirando entre su hermano y Astrid con una ridícula sonrisa en su rostro.

—Me alegra el corazón verlos a ustedes dos finalmente llevándose bien —bromeó Ryker. Tanto Astrid como Dittmer le lanzaron una mirada de furia mientras se abalanzaban sobre él.

—Eres un idiota, Ryker. He aguantado tus payasadas durante años. Pero nunca antes habías actuado de manera tan irresponsable —ladró Dittmer. Volviéndose hacia Astrid, le puso un dedo acusador en la cara, obligándola a arquearse hacia atrás por miedo a que le picara un ojo—. No hasta que te conocí, se volvió mucho peor desde que estás cerca. Imagina el daño que causará cuanto más tiempo pase contigo —gruñó Dittmer, mostrando los dientes como un perro rabioso.

Astrid empujó a Dittmer con fuerza. No lo suficiente como para hacerlo caer, pero sí lo

suficiente como para que, por la expresión de sorpresa en su rostro, se diera cuenta.

—¿Yo? No, amigo mío, él es un idiota por sí solo. ¿Por qué crees que lo dejé en el sendero? Cuando no está tomando todo a la ligera, su mente solo está en una cosa. Como un niño que acaba de descubrir su hombría —gruñó entre los dos.

Para mayor irritación de Astrid y Dittmer, Ryker parecía bastante complacido consigo mismo. Dittmer dejó escapar un gruñido. Su paciencia se había agotado.

—Ustedes dos están hechos el uno para el otro. Ambos me enferman. Tenemos tareas importantes que llevar a cabo. Ustedes dos han desperdiciado suficiente de mi tiempo —declaró Dittmer, subiéndose a su caballo y abandonando el pueblo.

Ryker se volvió hacia Astrid después de ver a su hermano pasar las puertas del pueblo. Sus ojos estaban una vez más llenos de lujuria, acompañados de una sonrisa traviesa en su rostro. —Solos por fin, no creo que vuelva esta vez —dijo, con la voz llena de insinuación. Extendió la mano hacia Astrid, pero ella se apartó, lanzándole una mirada asesina. No podía recordar la última vez que su sangre había hervido tanto como lo hacía alrededor de Ryker.

—¡Basta! —gritó, su voz enviando un ligero eco por la plaza—. Estoy cada vez más cansada de tus formas inmaduras y erráticas. Ya no es lindo ni divertido. Tenemos un trabajo de suma importancia. ¿No puedes ser serio por una vez? —le ladró, ignorándolo y volviendo su atención a la tarea en cuestión.

O lo habría hecho si hubiera quedado alguien con quien hablar. La plaza estaba vacía. Habían estado en la plaza durante varios minutos, y ni una sola persona había pasado por allí. Sus entrañas se retorcieron, diciéndole que algo estaba muy mal. Agarró su caballo y se adentró más en el pueblo, siguiendo sus instintos. Cuando los patios de las granjas aparecieron a la vista, se detuvo. Nadie atendía los cultivos. De hecho, todos los cultivos habían desaparecido y la tierra estaba desnuda. El pueblo parecía vacío, a excepción de los ojos de las mujeres y los niños que se asomaban por las ventanas con postigos.

—Algo anda mal —susurró, viendo a Ryker a su lado.

Ryker también lo sintió, finalmente escuchando sus palabras y actuando con seriedad. Asintió ahora, con expresión sombría.

—¿Dónde está todo el mundo? ¿Dónde están los hombres? ¿Los suministros? Parece desierto —susurró Astrid, girando lentamente, buscando el peligro que podía sentir que estaba cerca. Se habían erigido nuevas vallas reforzadas alrededor del pueblo. Las chozas tenían postigos frescos para asegurar y proteger a todos en el interior. Ryker agarró su hacha, buscando y preparándose. Entonces, Astrid y Ryker llegaron a la misma conclusión, y ambos se estremecieron ante la realización. Rápidamente, se miraron el uno al otro—. Un nuevo ejército —exclamaron al unísono.

El sonido de puertas cerrándose, cerrojos siendo asegurados y el sonido distante de pies corriendo los alertó a ambos. Mirando en todas direcciones, notaron que el pueblo estaba siendo sellado. El temor los invadió a ambos mientras la adrenalina corría por su sangre. Entonces, sin pensarlo dos veces, Ryker agarró a Astrid, levantándola con facilidad y arrojándola sobre el lomo de su caballo. Ryker no era ajeno al peligro y, aunque no dudaba de la capacidad de Astrid para defenderse, la idea de que estuviera en peligro lo molestaba. Una parte de él quería protegerla y mantenerla a salvo.

—Cabalga, te alcanzaré —dijo.

Astrid nunca había visto a Ryker tan serio, abrió la boca para protestar, pero antes de que las palabras salieran de su lengua, Ryker golpeó el trasero de su caballo. Su caballo salió disparado y galopó, saltando fácilmente la primera valla, llevándose a Astrid con él.

CAPÍTULO

SIETE

SU CABALLO ya estaba asustado antes de que Ryker le diera una palmada en el trasero. Ahora, mientras galopaba fuera de las puertas de la aldea, ella luchaba por controlarlo. *Tonto, si hay un ejército en el horizonte, necesitaré mi ayuda*, pensó Astrid.

No era la primera vez que un hombre se esforzaba por protegerla del peligro, y le molestaba igual que siempre. No sabía cuántas veces tenía que proclamar su independencia al mundo. Podía cuidarse sola. Sin embargo, en el fondo, se preocupaba por Ryker. Podría estar enfrentándose a un ejército solo. Se sintió aliviada cuando el sonido de cascos detrás de ella le alertó de su presencia.

—Debemos volver y advertir a los demás —gritó Ryker sobre el estruendo de los cascos de sus caballos. Pero el sonido era demasiado fuerte para ser solo el golpeteo de los cascos de sus caballos, ¿verdad? Tiraron de las riendas obligando a sus caballos a detenerse. Gritos, cánticos y tambores retumbaban a su alrededor, haciéndose más fuertes a medida que se acercaban. Buscaron la dirección de la que provenía el sonido de guerra. Para su consternación, el sonido venía de todas direcciones.

—¡Cabalga! —gritó Astrid, espoleando a su caballo, con Ryker siguiéndola rápidamente.

Pasaron los árboles no muy lejos de la aldea cuando se vieron obligados a detenerse una vez más. Una línea de soldados bloqueaba su camino. Una flecha pasó zumbando a gran velocidad junto a la oreja del caballo de Astrid. Ella se retorció, tratando de evitar ser alcanzada. Su caballo, desequilibrado, se encabritó, y ella perdió el agarre, cayendo con un golpe seco al camino. Lo siguiente que supo fue que Ryker la estaba levantando.

—Estoy bien —insistió ella, apartándolo y sacando su espada de la vaina atada a la silla del caballo.

Ryker la miró con asombro. Se veía magnífica con su espada en mano, de pie como una reina guerrera. *Mi reina guerrera*, pensó. Entonces, Astrid le dio una fuerte bofetada en la mejilla, sobresaltándolo y sacándolo de sus pensamientos.

—Deja de mirar embobado y pelea, tonto —gritó ella, cargando hacia adelante, blandiendo su espada hacia arriba, cortando a un soldado desde el estómago hasta la barbilla, empapándose con su sangre. Luego, girando, blandió su espada de nuevo, derribando a otro, antes de arrodillarse rápidamente, inclinando su hoja detrás de ella y empalando al soldado que se cernía a su espalda. Los gritos agonizantes del hombre se mezclaron con su grito de guerra mientras ella arrancaba la espada de sus entrañas, preparándose para el siguiente ataque.

Ryker quedó momentáneamente hipnotizado, atónito por lo extraordinaria y notable que era la mujer frente a él. Su corazón se saltó un latido mientras la veía decapitar a otro hombre. Ella había acabado fácilmente con al menos seis hombres antes de que él recobrara el sentido y cargara tras ella. *¡¿Cómo se atreven a atacar a mi mujer?! Su mente corría, furia, sed de sangre*

y adrenalina fluyendo por él, creando un fuego en sus venas que alimentaba su rabia.

Un soldado se acercó a Astrid en su caballo a toda velocidad, con la espada en alto. Astrid estaría indefensa si él atacaba, ya que estaba ocupada luchando contra dos soldados. Sin pensarlo dos veces, agarró su hacha y la lanzó por el aire. Su hoja cortó el yelmo del soldado como un cuchillo en la mantequilla, y su hacha se enterró profundamente en la cara del otro hombre. La fuerza del impacto lo derribó de su caballo.

La cabeza de Astrid se giró hacia atrás, y le sonrió seductoramente a Ryker antes de recoger la espada del soldado muerto y lanzarla en su dirección. Él la atrapó con facilidad y la usó para abrirse paso entre los hombres que bloqueaban su camino hacia Astrid.

La mente de Ryker era un torbellino. Su único pensamiento era proteger a Astrid mientras su espada caía, conectando con el hombro del hombre que casi igualaba su tamaño. No prestó atención a los soldados que cargaban contra él por detrás. Cuando uno bajó su espada, apuntando a apuñalar a Ryker en la espalda, Astrid apareció por el rabillo del ojo, su espada bloqueando el ataque. Ella arrancó el cuchillo del cinturón de Ryker con su mano libre y lo clavó en la barbilla del soldado, arrastrándolo hacia fuera y cortándole la garganta. El soldado gorgoteó mientras se ahogaba con su propia sangre, y con una rápida patada en el estómago, Astrid lo envió volando hacia atrás.

Ryker se quedó asombrado. Ella había salvado su vida mientras él fallaba en su intento de proteger la de ella. *Realmente es única*, pensó mientras ella se volvía hacia él y sonreía. Ryker no pudo evitar notar cómo la visión de Astrid en batalla lo excitaba. Sintió que empezaba a crecer. Astrid le devolvió la mirada, jadeando, con lujuria bailando en sus ojos. El aumento de la tensión, la sed de sangre, era estimulante.

—Por la barba de Odín, mujer, vas a hacer que me maten. Todo en lo que puedo pensar es en tomarte aquí en el campo de batalla —sonrió, guiñándole un ojo. Ella le agarró la entrepierna, y él gimió de placer ante su toque. Ella sonrió con picardía y le devolvió el guiño—. Todavía no está lo suficientemente duro. Tal vez debería pelear un poco más fuerte —sonrió ella.

Miró por encima del hombro de Ryker, y Ryker miró por encima del de ella. Los soldados que cargaban habían cerrado la brecha. Esta era su oportunidad de lucirse para ella. Pasó corriendo junto a ella, agarrando a un soldado por la garganta, levantándolo del suelo y clavando sus uñas con más fuerza, viendo cómo el hombre dejaba caer su espada, agarrando la mano de Ryker, jadeando por aire. Ryker arrojó al soldado hacia atrás contra los dos hombres que se acercaban, derribándolos. Recogió la espada caída. Ahora armado con dos poderosas hojas, cortó a los soldados con facilidad.

—¡Ryker! —gritó Astrid mientras corría hacia él. Estaban rodeados. Más soldados se habían unido a la lucha. Estaban enormemente superados en número, y las cosas empezaban a verse sombrías.

—Agarra tu caballo. Cabalga hasta el asentamiento y trae a mis hermanos —gritó mientras clavaba su espada en el estómago de otro luchador.

—No te voy a dejar —protestó ella, sintiéndose emocional, algo que era una experiencia completamente nueva para ella.

—¡Sí, lo harás! ¡Ve! ¡Ahora! —le gritó, y ella no pudo evitar escuchar la desesperación en su voz. Agarró su cuello y lo atrajo hacia ella, besándolo profundamente, sus ojos llenándose de lágrimas. Solo a regañadientes lo soltó. Se liberó y corrió, sin mirar atrás. Sabía que si lo hacía, ignoraría su orden y se quedaría a luchar.

Mientras galopaba alejándose de los sonidos del grito de batalla de Ryker que se desvanecían en el viento, su corazón dolía. *Esto es un error. Lo matarán*, pensó. Pero ¿qué sentido tenía que

ambos murieran? Necesitaba a los otros hermanos Jürgensen si alguno de ellos iba a sobrevivir a esto.

CAPÍTULO OCHO

DITTMER SALTÓ FUERA del camino cuando el caballo de Astrid se detuvo derrapando, sus cascos creando grandes surcos en la tierra. Astrid se bajó de un salto del caballo y corrió hacia Dittmer, con el rostro enrojecido de ira.

—Ven rápido, Ryker está en problemas —dijo frenéticamente, sus palabras casi mezclándose mientras intentaba arrastrar a Dittmer hacia su caballo. Dittmer retiró su brazo con facilidad. Simplemente clavó los talones en el suelo y cruzó los brazos sobre el pecho. La miró de arriba abajo antes de toser con desagrado.

—Olvídalo. No voy a ir a ninguna parte contigo. Sea cual sea el problema en el que Ryker se ha metido esta vez, puede salir de él solo. No voy a correr a salvar su trasero de nuevo —dijo, dándose la vuelta para marcharse, pero no sin antes lanzar a Astrid una mirada de desdén.

Astrid corrió adelante, deteniéndose y bloqueando su camino. —¿No ves la sangre empapando mi ropa? Nos tendieron una emboscada. Por eso no había hombres en el pueblo. Hay un ejército dirigiéndose hacia aquí. Llama a tus hombres a las armas y ven a ayudarme a salvar a tu idiota hermano —insistió, su antipatía por Dittmer creciendo con cada segundo. Dittmer abrió la boca para discutir, pero Astrid no tenía tiempo que perder discutiendo con él. Necesitaba volver y ayudar a Ryker. Furiosa y frenética, gritó de frustración y se dirigió a zancadas hacia la cabaña de Sören y Firtha.

—¿Adónde crees que vas? —le gritó Dittmer.

—Si tú no escucharás, Sören lo hará —le ladró por encima del hombro.

En unas pocas zancadas, Dittmer la había alcanzado, agarrándola del hombro y obligándola a detenerse. —No molestarás a mi hermano con tu patético intento de llamar la atención —le espetó.

La sangre de Astrid hervía hasta el punto de que sentía que podría estallar. —Exijo hablar con Sören —gruñó entre dientes apretados. No esperó su respuesta—. ¡Sören! —Gritó el nombre tan fuerte como pudo. Si Dittmer no le permitía pasar, haría que Sören viniera a ella.

—¡Detente! Sören está ocupado con asuntos más importantes ahora mismo. Firtha está en pleno parto —ladró Dittmer, empujando a Astrid con fuerza en el hombro.

Ella sabía que podía tumbarlo de espaldas si quisiera, pero decidió guardar ese placer en particular para Ryker.

—La última vez que revisé, era Firtha quien estaba dando a luz a un niño, no Sören —gruñó, saboreando la mirada de horror en el rostro de Dittmer—. ¡Ahora tráeme a Sören! —gritó a todo pulmón.

Había estado tan concentrada en discutir con Dittmer que no se había dado cuenta de la atención que sus gritos habían atraído. Una pequeña multitud había comenzado a reunirse, todos tratando de averiguar qué estaba pasando, algunos entrando en pánico. En contraste, las mujeres

reunidas gritaban a Astrid que guardara silencio, ya que un niño estaba viniendo al mundo.

Astrid ni siquiera podía respirar; estaba tan enojada. Luchaba por llenar sus pulmones de aire. Suficiente entonces. Si no vendrían, rescataría a Ryker por sí misma. Su corazón latía aceleradamente mientras se lanzaba de vuelta a la silla. Su caballo bailoteaba bajo ella, listo para la batalla. Cada emoción que había sentido en su vida la inundó de golpe; era demasiado para soportar. Sentía como si alguien tuviera un agarre en su corazón y estuviera exprimiendo la vida de ella. Su mente destellaba con imágenes de Ryker muerto en el campo de batalla. Las lágrimas llovían por su rostro incontrolablemente. Se las limpiaba, pero apenas las había despejado, un nuevo rastro de lágrimas cortaba a través de la sangre y la suciedad en su cara. Dittmer la miró, analizando, y lentamente, su rostro se suavizó. Sus cejas se desarrugaron y su mente encajó las piezas.

—Estás diciendo la verdad —dijo suavemente, casi en shock.

—Por supuesto que sí, pedazo de alcoroquo. Ryker está en peligro. ¡Tenemos que ir ahora! —gritó y espoleó a su caballo para que se moviera, sin esperar para ver si él la seguía.

CAPÍTULO NUEVE

DITTMER INFORMÓ a Sören sobre las noticias de Astrid, pero le dijo que él se encargaría. Sören estaba dividido, pero Firtha lo necesitaba. —Confío en ti. Trae a nuestro hermano de vuelta, protege nuestro hogar —dijo Sören con confianza. Dittmer reunió a un grupo de luchadores mientras Astrid reunía a las otras doncellas guerreras. Juntos, eran una fuerza imparable.

El sonido de sus caballos cabalgando por las colinas retumbaba como un trueno. El sonido de sus cascos golpeando el suelo era el tambor de guerra de los vikingos. No necesitaban instrumentos para intimidar; sus habilidades hablaban por sí mismas. Sin embargo, no llegaron muy lejos. El ejército vikingo se detuvo abruptamente en la cima de la colina. Sus caballos resoplaron y relincharon, retrocediendo ante el fuego que se extendía colina abajo a su alrededor. Había sido un año seco con poca o ninguna lluvia durante meses. La maleza seca aceptó las llamas a un ritmo alarmante.

—El fuego se dirige hacia casa —gritó uno de los luchadores. Los caballos entraron en pánico mientras sus jinetes luchaban por controlarlos. La mitad de sus fuerzas quería regresar a casa y proteger a los suyos. Firtha estaba dando a luz. Los mejores luchadores se habían ido con Dittmer y Astrid. Los residentes del asentamiento serían patos sentados, completamente a merced del fuego. Uno por uno, los hombres se separaron cabalgando hacia casa. No tenían elección. El asentamiento estaba indefenso.

—Dittmer, ve, protege nuestro hogar. Yo iré por Ryker —gritó Astrid, el sonido de las llamas casi ensordecedor mientras se apoderaban de más terreno. Dittmer no protestó. Con un rápido asentimiento de acuerdo, giró su caballo y se alejó galopando colina abajo con el resto.

—Doncellas guerreras —gritó Astrid, llamando la atención de las mujeres del grupo—. Nunca envíes a un hombre a hacer el trabajo de una mujer. Hay un ejército allí fuera, y vienen por nuestros hombres. Vienen por nuestros hijos. Vienen por nuestros hogares —gritó Astrid, su piel erizada con la piel de gallina mientras su pulso se aceleraba de emoción. Había nacido para liderar—. Vamos a mostrarles a estos hombres de qué están hechas las mujeres danesas. —Lanzó un largo grito de batalla, levantando su espada en alto. Las mujeres vitorearon y gritaron a su alrededor, alzando sus espadas al cielo como una sola.

Los suyos no eran los únicos vítores. La voz del ejército se podía escuchar al otro lado de las llamas. No había forma de llegar a ellos. La única manera de llegar a Ryker era a través del fuego.

—Que la gloria de las Valquirias esté con nosotras. Es hora de infundir miedo en sus corazones. Vamos a mostrarles lo que sucede cuando se meten con las doncellas guerreras —bramó. Sus palabras dirigidas a cada mujer.

El coro de las mujeres gritando «¡Matadlos!» rugió sobre las llamas, seguido de cánticos con

el nombre de Astrid. Las mujeres coreando su nombre le provocó un escalofrío que la impulsó hacia adelante. Astrid reunió todo el aire en sus pulmones, y su grito de batalla viajó en el viento. Finalmente, las voces al otro lado de las llamas se calmaron. La habían escuchado, y ella sabía que temblaban de miedo. *Y así debería ser*, pensó mientras gritaba a las mujeres que cargaran.

Las doncellas guerreras volaron a través de las llamas, con sus espadas en alto, y el sonido de sus gritos de batalla viajó por kilómetros. Cuando salieron por el otro lado, vieron el miedo en los ojos de sus enemigos. Se arrepentirían del día en que vinieron por los vikingos. Las doncellas guerreras se dispersaron, derribando soldados como el viento podía doblar un cultivo. Echando un vistazo al campo de batalla, segura de que sus compañeras guerreras lo tenían bajo control, Astrid espoleó a su caballo hacia adelante. Necesitaba encontrar a Ryker. Que los dioses ayudaran a cualquiera que se interpusiera en su camino.

CAPÍTULO DIEZ

EL CORAZÓN de Astrid se llenó de orgullo al ver a sus compañeras doncellas. Derribaban al enemigo con facilidad, demostrando que no solo los hombres vikingos pueden luchar. Astrid escudriñó el campo de batalla en busca de Ryker. El campo de batalla era un caos. El fuego aún ardía, extendiéndose por el campo y colina abajo. Una mezcla de gritos de batalla y jadeos moribundos creaba un coro de sonidos que estallaba alrededor de Astrid. Hombres yacían mutilados y sangrando, vivos y muertos enredados juntos en montones. El caos reinaba.

Una cabeza voló a través del campo. Astrid giró la cabeza en la dirección de la que había venido. Fue entonces cuando lo vio. Ryker estaba arrodillado en medio de un montón de cuerpos, apoyándose en su espada. No podía decir si estaba herido o no, pero por su postura, sabía que estaba vivo. Clavó los talones, espoleando a su caballo hacia adelante. Un soldado se acercó a Ryker por la izquierda. Ryker no se había dado cuenta de su aproximación, y ella estaba demasiado lejos para detenerlo. Espoleó a su caballo con más fuerza, su corazón acelerado, latiendo al ritmo de los cascos de su caballo. Una lanza sobresalía del suelo como un asta de bandera. Se inclinó sobre el costado de su caballo, casi cayendo mientras la arrancaba del suelo. Fijó la mirada en su objetivo. *Que el poder de la Valquiria guíe esta lanza*, rezó mientras la enviaba volando por el aire. Sus oraciones fueron respondidas cuando la lanza golpeó al enemigo que se acercaba entre las costillas, sus gritos alertaron a Ryker, quien se puso de pie y lo remató con su espada. El corazón de Astrid se hundió cuando lo vio tambalearse hacia atrás, cayendo pesadamente de rodillas.

—Estás herido —dijo mientras saltaba de su caballo, agarrando a Ryker y buscando la herida. Su hombro derecho estaba en una posición extraña, la sangre goteaba de su costado, y tenía un feo corte en el muslo derecho.

—¿Esto? No, he tenido peores heridas de una hermosa doncella guerrera cuando me empujó al río, cayendo encima de mí —rio, haciendo una mueca y sujetándose las costillas.

—Algunas cosas nunca cambian —protestó, pasando el brazo de él sobre su hombro y usando toda su fuerza para ponerlo de pie—. Sube al caballo, tonto. Sal de aquí. Ya te alcanzaré —insistió, arrastrándolo junto a su caballo. Astrid podía ver que estaba poniendo cara de valiente tratando de ocultar su dolor.

—No te voy a dejar —dijo con gravedad, pero Astrid no iba a ceder.

—Ahora es tu turno de huir, mi amor —dijo, sin pensar en sus palabras antes de decirlas. Sus huesos se tensaron mientras ayudaba a Ryker a subir al caballo. Él se desplomó, ofreciéndole su mano. Ella la apartó de un manotazo, agarrando las riendas y girando al caballo. Había planeado darle una palmada en el trasero al caballo, de la misma manera que él lo había hecho con ella, pero cuando levantó la mirada, su corazón se encogió en su pecho. Algunas de sus compañeras doncellas habían perdido sus caballos. Aunque luchaban ferozmente, podía ver que tenían

dificultades. Su amiga Leonora yacía sin vida en el campo de batalla. Las cosas se veían sombrías. Todavía estaban en gran desventaja numérica.

—Por los dioses —suspiró, con la voz entrecortada mientras se limpiaba las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Si tengo que morir hoy, iré al Valhalla con honor sabiendo que luché mi última batalla con una doncella guerrera sin igual —dijo Ryker, con la respiración lenta. Ella lo miró, con el corazón roto. *Este no puede ser el final, no antes de que siquiera tuviera la oportunidad de empezar*, pensó. Ryker la miró con una sincera sonrisa de admiración. Pero, mientras sus labios sonreían, sus ojos contaban otra historia. Estaban sombríos y llenos de anhelo, una mirada que ella sabía que reflejaba en sus propios ojos. Anhelo de más tiempo.

—Aún no ha terminado. Le prometí a tu hermano que te llevaría a casa —dijo, corriendo hacia adelante y despojando a un soldado caído de su arco y flecha. Chasqueó la lengua, y el caballo la siguió lentamente mientras ella enviaba flechas volando, despejando un camino a través del campo de batalla. Ya no solo luchaba por Ryker. Luchaba por sus compañeras doncellas. Luchaba por la justicia y el amor—. Y soy una mujer de palabra —gritó, sin mirar atrás.

El cielo se llenó de nubes oscuras, tornándose lentamente de gris a negro. El viento había comenzado a cambiar. Retirada y rendición no eran palabras en el vocabulario de los vikingos. Creían que se luchaba hasta el final, y Astrid estaba decidida a que este no fuera el final. Un estruendo como de trueno rodó colina arriba, poco a poco las voces se hicieron más fuertes, y la sangre de Astrid se aceleró con esperanza. Finalmente, sus oraciones habían sido respondidas cuando Dittmer, y el resto de los hombres vikingos, irrumpieron en el campo de batalla.

—Gracias a los dioses —susurró. Corrió de vuelta a su caballo, saltando sobre su lomo detrás de Ryker. No podía alcanzar las riendas alrededor de su cuerpo.

—¡Ryker, agarra las riendas! No puedo alcanzarlas desde aquí —dijo, rodeándolo con sus brazos. Lentamente, Ryker alcanzó las riendas y se sentó tan derecho como pudo, chasqueando el cuero y haciendo que el caballo trotara hacia Dittmer, quien despejaba un camino a través del campo hacia su hermano.

—¡Retirada! —gritó una voz. Los hombres del Lord rompieron filas y comenzaron a correr. Astrid maldijo a los cobardes sin honor mientras veía a los llamados soldados huir en retirada. Demasiado novatos e inexpertos, sabían que no eran rival para toda la fuerza de los vikingos. *Seremos aún más fuertes cuando regresen los hermanos de Ryker*, pensó. Prender el fuego era una cosa, pero estos hombres no estaban preparados para vikingos enojados y vengativos. Además, su plan se había vuelto en su contra. El viento había cambiado cuando una tormenta se acercaba. El fuego ahora iba por los hombres de Beecham. Los vítores estallaron cuando la victoria se hizo evidente.

—¿Estás herido, hermano? —preguntó Dittmer mientras cabalgaba hacia ellos. La preocupación impregnaba su voz.

—Estaré bien —gimió, desplomándose hacia adelante. El rostro de Dittmer se llenó de alarma. Astrid necesitaba llevar a Ryker a casa y atender sus heridas, si es que aún tenía un hogar. El fuego podría haberlo destruido.

—Yo me encargaré de él —informó a Dittmer. Se miraron a los ojos, finalmente llegando a un terreno común: su amor por Ryker. Dittmer asintió—. Cuídalo. Se hace el duro, pero... —se interrumpió, y Astrid asintió, dirigiendo al caballo hacia adelante con una palmada en su trasero. Un trueno retumbó y un relámpago iluminó un camino a través del cielo negro mientras fuertes lluvias caían a su alrededor.

Astrid estaba asombrada de que el fuego no hubiera alcanzado su cabaña. La tristeza la invadió al mirar hacia las otras casas. —Tantos de estos hogares ahora yacen vacíos —dijo mientras desmontaba lentamente de su caballo, ayudando al exhausto Ryker a descender. Las otras doncellas guerreras habían regresado para ayudar a atender el incendio en el asentamiento. Ya no ardía tan ferozmente como antes, pero aún podía ver y oler el humo. Esperaba que pudieran controlarlo y salvar tanto del asentamiento como fuera posible. Con la ayuda de la lluvia, rezaba para que el fuego se extinguiera pronto. Mientras ayudaba a Ryker a entrar, su mente divagó hacia Firtha y el nacimiento de su hijo. Esperaba que todo hubiera terminado bien.

Sentando a Ryker en su catre, encendió un fuego en la chimenea. Llenó una olla con agua y la colocó sobre las llamas para que hirviera. Tomó una aguja e hilo, un paño y más agua, acercando una silla frente a Ryker. Se quitó su pesada armadura de cuero y ayudó a Ryker a salir de su ropa empapada. Se sintió aliviada al ver que sus heridas eran menores. Aparte del corte en su muslo, tenía algunos rasguños y moretones y tal vez una o dos costillas rotas. Nada de lo que no pudiera recuperarse con tiempo y descanso. Ryker estaba exhausto. Había luchado contra tantos durante tanto tiempo.

—¿Cómo lograste pelear por tanto tiempo y salir sin heridas más graves? —preguntó ella, limpiando sus cortes.

—Fuiste tú. No podía permitirme morir sin ver tu rostro una última vez —respondió él, haciendo una mueca mientras ella pasaba el hilo por su piel, cosiendo su herida.

Mirándolo a través de sus pestañas, finalmente confesó lo que había en su corazón.

—Estaba aterrada de haberte perdido. Mi corazón dolía cuando te vi en el campo —dijo ahogadamente, reviviendo el terror que había sentido.

—Aún no te has librado de mí —dijo él, con voz áspera y baja—. Me salvaste la vida más veces de las que puedo contar hoy. Cada persona que derribé fue para poder volver contigo. A medida que aumentaba el número, estaba aterrizado de que no hubieras logrado salir del campo de batalla a tiempo. El pensamiento de lo que esos hombres te harían si te atrapaban...

Una lágrima perdida cayó de su ojo y aterrizó en la mano de ella mientras ataba la última puntada. Ella posó una mano sobre la de él, mirándolo y repitiendo sus palabras. —Aún no te has librado de mí —dijo con un guiño.

—Estuviste magnífica, tan fuerte y hábil con cada arma que empuñaste. Me sentiría honrado de llamarte mía... —dijo él, observando su rostro. Esperaba a medias que ella protestara o le diera una bofetada, pero en su lugar, ella le devolvió la mirada con amor en sus ojos—. Te amo, Astrid. No hay otra forma de explicarlo. Y se siente tan bien finalmente decir las palabras en voz alta. Te amo —sonrió.

Parpadeando para contener las lágrimas, ella se puso de pie, mirándolo con amor. Acunó su rostro entre sus manos, acercando su oreja a su pecho para que pudiera escuchar que su corazón latía solo por él.

—Yo también te amo, tonto infantil —dijo, rodeándolo con sus brazos.

—Soy *tu* tonto infantil —respondió él, envolviéndola con sus brazos y abrazándola fuertemente.

—Así es —rió ella, pero Ryker también pudo escuchar la posesividad en su voz. Se habían reclamado mutuamente. Él era suyo, y ella era de él.

Ryker se puso de pie y besó a Astrid con una pasión que no sabía que tenía. Era una pasión que nunca quería que se desvaneciera y una pasión por la que moriría. Para su sorpresa, incluso herido, Ryker quería más. No. *Necesitaba* más. Lujuria, amor y la adrenalina de la batalla formaban una combinación embriagadora en su sangre. Cuando ella había expresado sus

sentimientos, lo había impulsado aún más. La necesitaba. Para mostrarle cuánto significaba para él. Poniéndose de pie en toda su altura, la ayudó a quitarse la ropa mojada, finalmente contemplando el cuerpo que solo había visto a través de su camisón aquel día en el arroyo. El cuerpo con el que había fantaseado desde ese momento.

Sus pechos se erguían orgullosos en su pecho. Aunque era esbelta y musculosa, tenía caderas anchas que Ryker no podía esperar para agarrar. Le encantaba su amplio trasero redondo y quería hundir sus dientes en esa gloriosa carne.

Astrid, de igual manera, se maravilló con Ryker mientras le quitaba las últimas prendas, revelando el cuerpo digno de un dios debajo. Lentamente, la llevó consigo al catre. Mientras la miraba, cada uno de sus nervios cobraba vida.

Ella es mía, y yo soy suyo, pensó.

Sus cuerpos se entrelazaron y se exploraron mutuamente, saboreándose, disfrutando cada centímetro. Astrid gruñó seductoramente, el sonido retumbando en el fondo de su garganta mientras Ryker besaba, chupaba y lamía cada centímetro de ella, encendiendo su cuerpo. Su entrepierna dolía mientras crecía ante la visión de ella. Lentamente entró en ella, disfrutando cada segundo, cada centímetro. Su acto de amor fue lento y apasionado, pero lleno de fuego, y cuando alcanzaron el clímax juntos, ninguno de los dos pudo pensar en nada en el mundo que se sintiera tan bien.

EPÍLOGO

SÖREN, Ryker y Astrid cabalgaron hasta una colina cercana. Se sentaron a horcajadas sobre sus caballos, observando cómo ardía el castillo de Beecham. Su hogar por el de ellos. Justicia. El asentamiento había sufrido graves daños. Iba a llevar tiempo repararlo y devolverle su antigua gloria. No estaría listo para cuando sus hermanos regresaran de Dinamarca. Para sorpresa y gratitud de Sören, Ryker parecía haber dejado de lado sus actitudes infantiles. Su mente ahora se centraba en la tarea que tenían entre manos.

—No se suponía que debíamos iniciar una guerra total —les recordó a los demás.

—Nosotros no la iniciamos; ellos atacaron primero —dijo Astrid, con furia en su voz y venganza en su corazón. Por Ryker, por nuestro hogar y por Leonora, pensó, manteniendo su nueva misión en la vida en primer plano de su mente.

Sören estaba furioso. Ryker y Dittmer nunca lo habían visto en tal estado, y eso que habían presenciado algunos de sus peores ataques de ira a lo largo de los años. —Ellos se lo buscaron —dijo Sören. Los hombres de Beecham habían puesto a su esposa y a su hijo en peligro inminente. Ese era un crimen que debía pagarse. Sören había determinado que el precio sería alto.

—Dittmer, trae a los prisioneros. Obtendremos nuestras respuestas de una vez por todas —dijo Sören mientras observaba a Dittmer y sus hombres arrastrando a Lord Beecham y su familia, atados con cadenas, caminando detrás de sus caballos. Sören siguió a Dittmer y a sus hombres de vuelta a casa, vigilando de cerca a su enemigo desde atrás, dejando a Astrid y Ryker solos en la cima de la colina.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Astrid.

Ryker la bajó de su caballo una vez más. Dejó que sus manos se deslizaran por cada centímetro de ella mientras la sentaba en su regazo. Ella se rio, mostrándole un destello de su lado infantil.

—Nos amamos el uno al otro. Más allá de eso, vamos donde sea necesario. —Sonrió, bajando sus labios hacia los de ella. Sus manos se deslizaron bajo sus faldas mientras la mano de ella acariciaba el bulto en su entrepierna. Se exploraron mutuamente lo mejor que pudieron mientras estaban sentados a caballo. Cuando su pasión ardió como el fuego en el castillo de Beecham, desmontaron. Tropezaron mientras se arrancaban la ropa el uno al otro, decididos a poseerse completamente. La fuerza de su deseo haría que los dioses sintieran envidia.

Apoyada contra un árbol, Astrid envolvió sus piernas alrededor de la cintura de Ryker y se maravilló de su grosor y longitud cuando finalmente se introdujo en ella. Anidado en su interior, hizo una pausa y apoyó su frente contra la de ella, conectándose. Luego, sobre los gritos de los hombres de Beecham atrapados en el castillo, Ryker y Astrid gritaron sus nombres mientras alcanzaban juntos la cima del placer.

FIN

¿Disfrutaste la historia de Ryker y Astrid?

Por favor, considera dejar una reseña en [Amazon](#) o [Goodreads](#).

Las reseñas me ayudan a llegar a nuevos lectores.

Lee *Dittmer*, la siguiente historia en [La Serie de los Vikingos Jürgensen](#).

Para recibir actualizaciones sobre lanzamientos de libros, recomendaciones literarias, curiosidades vikingas, ofertas y SORTEOS, ¡suscríbete a su [Newsletter](#)!



SOBRE LA AUTORA

Peyton Lawson escribe apasionantes novelas románticas históricas de vikingos. Cuando no está escribiendo aventuras medievales llenas de acción, disfruta leyendo y viajando.

www.peytonlawsonromance.com



OTRAS OBRAS DE PEYTON LAWSON

The Jürgensen Vikings

[Sören: Healed by a Highland Witch](#)

[Abjörn: Lured by an English Rose](#)

[Erik: Humbled by the Runemaster](#)

[Ryker: Bested by the Valkyrie](#)

[Dittmer: Enchanted by the Goddess](#)

[The Witch's Curse](#)

[A Viking Christmas](#)

The King's Raiders

[Thyra: Befriended by the King's Raiders](#)

[Revna: Charmed by a Brother in Arms](#)

[Coline: Worshipped by a Viking](#)

[Bodil: Sworn to Protect](#)

[Ailsa: Tracking the King's Raiders](#)

The Viking Settlers

[Gunnar: Rescued by the Danish Maid](#)

[Lars: Challenged by the Maiden](#)

[Birgen: Felled by a Sword Maiden](#)

[Sten: Forgiven by the Warrior](#)

[Pier: Allied with the Norse](#)